

pretendidos conflictos y culminantes errores. No hemos dado importancia alguna á ciertos conceptos propalados para sublevar á los hombres dedicados á la ciencia, aunque separados del gremio de la Iglesia católica. Creemos dentro de nuestra conciencia, que por más que el materialismo y el positivismo hagan cuantos esfuerzos les sugiera su audacia y atrevimiento, no podrán divorciar la Iglesia de Jesucristo del espíritu Católico entrañado en las sociedades modernas. Á la verdad que más intencionadas estas escuelas que los filósofos y enciclopedistas del pasado siglo, se presentan ahora ataviadas con el manto augusto de la naturaleza y con un lenguaje hipócrita y seductor.

Si nuestro trabajo corresponde al sentimiento que inspira á los católicos, que forman casi la totalidad del pueblo Español; si hemos sabido interpretar sus deseos y aspiraciones, separándonos del espíritu de partido y de la intransigencia, que rechaza el Catolicismo; si hemos sabido disipar el error y el sofisma desvaneciendo la densa nube acumulada por el materialismo y el positivismo científico sobre los serenos horizontes de la Iglesia; si conseguimos restablecer la tranquilidad y la calma en el corazón de los fervorosos creyentes de la doctrina de Jesucristo; si hubiéramos llenado, en fin, la misión que nos impusimos al escribir este libro, combatiendo con la ciencia los errores debidos á las falsas ó exageradas interpretaciones de los principios de la misma ciencia, demostrando á la vez que los estudios experimentales no son antitéticos á los dogmas católicos, ni en los progresos cotidianos que se realizan, se rechazan sus santos misterios, ni mucho menos el Catolicismo opone dificultades á su desarrollo y sucesivo desenvolvimiento, dejando incólume la Religión revelada y los preceptos de los santos Evangelios, nos consideraremos dichosos y seguiremos con perseverancia nuestros trabajos é investigaciones, dando gracias á *Dios*, autor de todo lo creado, por los beneficios que á nuestra edad avanzada (1) nos dispensa todos los días.

(1) *Setenta años.*

DIOS, LA NATURALEZA Y LA HUMANIDAD

CAPÍTULO I

IDEA DE DIOS EN LA HUMANIDAD

La idea de Dios está encarnada en todas las razas del reino hominal. — Los Aryas. — El Oriente es el origen de las instituciones humanas. — La idea religiosa. — El Pentateúco. — La Revelación á Moisés establece un culto y una nacionalidad. — La India. — Los fragmentos de un poema caldeo. — Los Vedas según el Sr. M. N. Bouillet. — La impiedad y el ateísmo. — La filosofía no ha de confundirse con la Religión. — Los hebreos conservan sus tradiciones á través de las vicisitudes. — Se pierde la unidad de Dios. — Decadencia y ruina. — Grecia. — Los senados aristocráticos. — Hesiodo y Homero. — El politeísmo. — Los legisladores y los filósofos. — Las dos escuelas dinámica y mecánica. — Pitágoras y su escuela. — Los eleáticos, los atomistas y los sofistas. — Sócrates, los cínicos, los cirenáicos y los escépticos. — Platón y los académicos. — Aristóteles y los peripatéticos. — Conclusión.



EXISTE en la conciencia humana una filosofía racional que, por criterio propio, distingue lo finito de lo infinito, y á su manera sabe buscar la relación que encadena lo contingente con lo necesario, lo objetivo con lo subjetivo.

Nada hay más grandioso y trascendental, que estudiar la humanidad en su historia, para convencerse que en todas las edades, en todos los tiempos, aún de aquellos que apenas se conservan pálidos recuerdos, se descubre en el hombre una idea fundamental, que domina y embarga todo su ser y está encarnada en las distintas razas que constituyen el reino hominal. Esta idea primera entraña una *verdad* eterna, de la cual emanan natural y lógicamente todas las verdades, es una idea que las envuelve todas, que las absorbe, condensa y resume dentro de su sublime esencia.

El hombre de los desiertos, el pámpano de los bosques, el esquimal y el hotentote; el que anida en los ardientes arenales de Africa, donde la civilización jamás ha penetrado, aquel que vive en los hielos polares, ó el que tiene su morada en los abrasados climas de los trópicos; el informe patagón, el estúpido perchera y el horroroso antropófago de la Nueva Zelanda, entregados á sus instintos naturales, impulsa-

dos por su propia conciencia, se hallan poseídos de un resplandor celeste, y sin discutir, sólo por una intuición purísima, ven lo incondicional, aceptan unánimes y sin controversia lo *infinito*, y acatan y respetan á lo *único*.

La humanidad percibe dentro de sí un sentimiento misterioso, donde necesariamente viene á refundirse lo heterogéneo ante la gran *realidad* que ordena é impera en el mundo fenomenal, ante el gran *todo* que lo abraza todo y lo representa todo en la más perfecta identidad y armonía, para explicar lo múltiple por lo simple, lo vario por lo sencillo, lo compuesto por lo elemental, lo finito por lo infinito. La *idea eterna* reside en el *Sér* que representa la *verdad* misma, de quien deriva la verdad de todo cuanto existe y se percibe fuera de *Él*: Dios.

La idea de Dios y de sus atributos se halla en el orden intelectual absoluto, y en el orden de todos los seres. Es una idea eterna y subsistente, porque es la *verdad* pura é inmaculada, que el hombre conoce por sí mismo, que está en su conciencia y adquiere por su razón y propio criterio. Nadie se lo ha dicho ni explicado, nadie se lo ha hecho concebir ni comprender; y, sin embargo, siente en el fondo de su alma una inspiración dominadora que le arrebató y le dice: ¡Hay un CREADOR!... Una voz constante que le grita: ¡Hay una Providencia!... Por todas partes el hombre se halla en estrechas relaciones con Dios, que dirige su espíritu, ennoblece su corazón, fecundiza su lenguaje y enaltece su culto.

La crítica podrá presentar sus argumentos, la suspicacia sus sarcasmos y la malicia y el error sus epigramas; pero la naturaleza propia y peculiar al sér humano, admite una creencia fundamental que la razón acepta con aplauso. Las maravillas de la creación que admiramos á cada instante en todas las esferas, ya en la superficie como en las entrañas de la tierra, así en las profundidades de los mares, donde pululan mil generaciones de seres microscópicos, como en las altas regiones de la atmósfera, en las que se agitan y viven infinidad de organismos poligástricos, ó en la inmensidad misteriosa de los cielos, en cuyo espacio giran y se mueven en constante armonía un sinnúmero de soles y de mundos, la imagen de un CREADOR providencial, domina y embarga todos nuestros sentidos y arrebató todo nuestro sér; es, por decirlo así, una idea que nace con nosotros.

¿Qué representan sino en las antiguas teogonías el Zeus y el Brahma de los hindus orientales, el Zervane-Akerene de los persas y el Kokpiak de los asirios? ¿Qué era el Pironí de los egipcios, el Budha de los habitantes del Ganges y el Chang-Ti de los chinos? ¿Y el Alfader de los escandinavos, el Aar-Toiou de los hijos de la Siberia y el Bielbog que adoraban los primitivos eslavones, qué cosa indica más que el *Sér* infinito, creador de todos los mun-

dos? ¿No nos dicen los que descubrieron las dos Américas, que en la Isla Española se veneraba á Dios omnipotente con el nombre de Alabeira, en el Perú con el de Punchao y en Méjico bajo la sublime idea de la *unidad* absoluta y suprema? Entre los pueblos primitivos se observa que, cualquiera que sea su situación geográfica, todos tienen las mismas creencias fundamentales, el mismo sistema teogónico, idénticas impresiones morales é iguales fines para la vida.

¿No reconocen las tribus de la Australia un espíritu del *bien* llamado Coyan y otro del *mal* que distinguen con el nombre de Potoyan? Nadie osaría negar que el linaje humano ha creído siempre en un Dios eterno, creador y conservador omnipotente.

Si la idea de Dios se halla encarnada en la humanidad por una intuición purísima, si es un sentimiento unánime de todos los pueblos y de todas las razas, si es un atributo especial y característico del hombre, ¿por qué buscar en las doctrinas cuestionables de las diferentes escuelas filosóficas, debidas al humano progreso y en los adelantos engañosos de las ciencias experimentales y de observación, datos y manifestaciones para negar aquellas santas creencias universales, ó al menos despertar la duda, siquiera sea pasajera ó provisional? ¿Pues qué, acaso, la obra maravillosa de los seis días bíblicos que comprenden la creación de la luz, de los elementos materiales, de los cuerpos terrestres y celestes, de las plantas, de los animales y del hombre, no es una prueba irrecusable de su existencia, de su poder, de su amor inefable y de su grandeza? ¿Por qué este empeño temerario en negar las causas primeras y finales, buscando en el *acaso* la explicación de las leyes que rigen al mundo fenomenal? ¿Por qué se relega la Metafísica como perjudicial é inútil, haciendo que todo dependa de la materia y de la experimentación? Todos los pueblos de la tierra acatan y se prosternan ante una *Divinidad* incomprensible, que dirige el imperio del Universo, regula las fuerzas naturales exteriores é interiores del mundo que habitamos, y es el juez supremo de las acciones humanas; y las repetidas y constantes impresiones físicas de la naturaleza, con todos sus misteriosos accidentes y metamorfosis, elevan por grados el sentimiento á las inspiraciones religiosas, puras y espirituales, como el alma que las concibe.

Grande, majestuosa, levantada y omnipotente, es la idea que de Dios han formado todos los pueblos. Es el pensamiento sublime y elocuente que se halla encarnado en la humanidad. Inmensidad incomprensible, infinito en el espacio y el tiempo, sin pasado, presente ni futuro, increado y eterno; que dicta leyes á la creación para que la tierra, los planetas, los cometas y cuanto existe y puede abrazar el universo pancósmico, obedezcan sumisos dentro de su esfera de ac-

ción, ofreciendo á las generaciones esa armonía constante é invariable, ese orden fijo y permanente que jamás se perturba, y que todos admiramos.

Los sabios y los eruditos convienen generalmente en que los Aryas fueron la raza humana más antigua de cuantas se han dado á conocer hasta hoy en los anales de la humanidad. Pueblo que ocupaba la parte más remota del Asia, á quien deben su origen los hindus y los persas, y que poseía un lenguaje especial y perfecto, del cual derivan el *sanscrit* y el *zend*.

Sus emigraciones se extendieron por el Egipto, la China y otros países, reconociéndose también entre los germanos y aún entre los vetustos pueblos de Méjico y el Perú.

Estas primeras sociedades proclamaron la *unidad de Dios*; empero, una tribu salvaje de la India, olvidando la civilización aryana, aceptó un grosero fetichismo, que bien pronto fué derribado por sus mismos hermanos, como creencia contraria á la que había admitido aquella primitiva civilización.

¿Y no sería posible, siguiendo las investigaciones de ilustres asiriólogos, que los mismos pueblos aryas y semitas proviniesen de otro más antiguo, desconocido ó ignorado hasta ahora, y que se le ha designado con el nombre de *acadio*? Buscadlo, dicen estos sabios, en las llanuras de Sanaar y allí lo encontraréis con sus signos y caracteres cuneiformes, con sus ciencias rudimentarias, sus oficios mecánicos y sus artes y con sus emblemas religiosos, que se extienden á la raza *turania*. Buscadlo también en la Persia y en la Armenia; entre las tribus del Norte de Altay, en las vertientes del Cáucaso y en las mesetas del Tiber.

« Por su cultura, dice el R. P. Eduardo Llanas en su erudita Conferencia pronunciada en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced de Barcelona el 14 de abril de 1878, fué influida la primera cultura de los Brahmanes, y de su civilización sacaron los principios elementales los turanos de las regiones orientales. » Y un poco más adelante, añade el ilustre orador: « Los autochthones de las razas helénicas, los aborígenes de las razas latinas, no eran, en sentir de esos ethnólogos, mas que tribus turanias del pueblo *acadio*. »

En vano nos dirán que se conocen tribus, y aún regiones, donde se carece de toda ilustración — como aseguraba el R. P. García hace dos siglos — pueblos, dicen, que desconocen la idea de un Sér supremo, que no tienen religión ni culto, que les falta en su dialecto una palabra, un signo, un modo ó manera de manifestar y dar á conocer la simple noción de Dios. Pueblos, en fin, en los cuales no se descubre sentimiento alguno de pudor, de virtud ni de moralidad... Sea en buen hora, si con ello el materialismo y el positivismo científico prueban que no se conocen ideas innatas; que tal parecen ser sus tendencias y extraordinarios esfuerzos.

Acumúlense nombres, señálense localidades y regiones apenas conocidas, déense á luz pueblos ignorados con extrañas posiciones geográficas, cuyos exploradores describen casi siempre superficialmente; para nosotros, todo ello demostrará la carencia de verdaderos estudios, reiteradas observaciones y constantes experiencias, practicadas con fe científica y con un criterio exento de pasiones mezquinas y no concebido para un fin determinado. Así vemos que los habitantes de la isla de Kingsmil tienen, á su manera, cierta religión, que, tal vez, no se ha apreciado cual corresponde; que los hotentotes adoran á un dios bueno y otro malo; que los Karens son ateos; que unos celebran y divinizan á su rey, como los negros de Oucanyama y los cafres; que otros rinden culto á la libertad, y en todos se halla algo de religioso, que el orgullo é impaciencia del sabio no ha podido ó no ha querido apreciar. Los señores Livingstone y Alc. d'Orbigny han manifestado que la raza del Africa meridional reconoce la existencia de Dios y de la vida futura; que los americanos más salvajes, aquellos que viven en el fondo de los seculares bosques de las orillas del Amazonas, y los hombres que ocupan las islas de la Polinesia y las tribus de la Australia, todos admiten la creencia de un espíritu superior ó la de seres que se elevan sobre la tierra, y profesan inspiraciones religiosas que constituyen una verdadera teogonía.

Es innegable que en aquellas inteligencias latentes se descubre la idea santa y sublime de la DIVINIDAD. Respetamos, como el que más, la intención antropomórfica del señor Feuerbach, lo mismo que las excentricidades del señor Golbe, convencidos, como estamos, que su ateísmo pasará por nuestra generación sin resultado alguno, como han pasado tantos otros que recuerda la historia con sentimiento y dolor. El hombre que no conoce á Dios, jamás alcanzará una educación sólida, ni una civilización estable y progresiva.

El ateísmo se ha proclamado por alguna escuela moderna, que, audaz é impotente, ha pretendido luchar contra Dios. El señor de Quatrefages en nuestros días ha dicho con elocuente lenguaje: « He buscado el ateísmo entre las razas humanas más inferiores y entre las más elevadas; pero no lo he hallado en parte alguna, sino individualmente ó en escuelas más ó menos restringidas, como se vió en Europa en el pasado siglo: el ateísmo no se encuentra sino *errático*. » (*L'Espèce humaine*, 1877).

La solución de este problema trascendental, entraña el porvenir de la humanidad, y Dios, en su poder infinito y sabiduría inagotable, ha dado leyes al Universo; leyes inmutables que ningún filósofo ni naturalista, cualquiera que sea la escuela á que pertenezcan, pueden alterar, modificar, suspender ni destruir.

« Si Dios no existiese, ha dicho el R. P. Cornoldi, la Religión cristiana sería

una superstición, una mentira, un atentado á la libertad moral, una tortura para el hombre que le obliga á sacrificar á menudo sus afecciones...» La existencia del hombre físico, prueba la existencia de Dios; y estamos en pleno derecho de decir con el filósofo cristiano: *Yo existo, luego Dios existe.*

En el Oriente se hallan, pues, los faros que han iluminado á la humanidad en las primeras etapas de su desarrollo moral é intelectual. Allí está la nueva cuna de las razas más antiguas de cuantas pueden reconocer y presentar los anales del linaje humano. Ellas fueron las civilizadoras de aquellas vetustas sociedades, que se irradiaron por la faz de la Tierra, para cumplir el precepto sagrado impuesto por Dios después del espantoso cataclismo, que nos recuerda la historia de todos los pueblos. Entonces el hombre contempló los grandes y sublimes cuadros de la divina creación, los sorprendentes y extraordinarios fenómenos que se realizaban en la naturaleza y comenzó á conocer las primeras leyes impuestas por la omnipotencia de un Sér increado sobre la materia bruta é inanimada. El espíritu humano abatido y anonadado entre la inmensidad de tan maravillosos portentos, dobló humilde la cerviz y postrado oró al pié del Tabernáculo.

El hombre en la infancia de la primera sociedad y siguiendo los impulsos de la naturaleza y de su actividad, debió ser pastor. Más tarde se dedicó á la caza y á la pesca, luego al cultivo de la tierra, y, por último, empuñó las herramientas del obrero. De la sombra de corpulento árbol, pasó á construir una choza, la cual cambió en casa, y andando los tiempos y correspondiendo á las exigencias de la familia y de esta tosca y rudimentaria civilización, tomaron origen las aldeas, los pueblos, las ciudades y hasta las nacionalidades, como nos enseña la Revelación Bíblica. Los tiempos prehistóricos de la humanidad sobre la Tierra, serán siempre un manantial inagotable de dudas y suposiciones gratuitas, cuando el sabio pretenda buscar sus datos y cronologías, separándose del Legislador hebreo.

En el lenguaje de las primeras sociedades humanas, dicen algunos sabios indianistas, se ha reconocido la palabra *Zeus*.

Esta palabra en sanscrito representa la idea de Dios *por excelencia*, en quien se reconocen todos los atributos del Sér supremo. De aquí hacen derivar el *Theos* de los griegos y el *Deus* de los latinos. Etimologías, en verdad, muy ingeniosas de ciertos eruditos, que en nuestro juicio pueden aceptarse sin escrúpulo.

Sin embargo, en el pueblo de Israel, dirigido por Moisés, la idea de Dios se manifiesta con la palabra hebrea *Jehováh*, y, por cierto, nos parece un poco aventurado hacer derivar el *Jehováh* de los hebreos, del *Zeus* sanscrito de los hindus; necesiándose para ello una interpretación forzada y la supresión de



Moisés es salvado de las aguas del Nilo por Teramuthis, hija de Faraón.

la última sílaba hebrea. Y todo ¿para qué? Para sostener que la civilización egipcia tuvo su origen en la India. No sin razón se han llamado á estas afirmaciones delirios indianistas del señor L. Jacolliot.

Y cosa notable y sorprendente, según la extravagante opinión de este orientalista, cuando dice que: «La revelación india, que proclama la formación lenta y gradual de los mundos, es, entre todas las revelaciones, la única que se halla en perfecta armonía con las ideas de la ciencia moderna.»

Según esto, los estudios realizados por infinidad de hombres ilustres, al través de repetidos siglos y generaciones, son nulos y de ningún valor, porque nada dicen á la humanidad actual; pues todo, *absolutamente todo*, como con-signa este profesor, se sabía en la primitiva India.

Nadie nos podrá negar que la moribunda hipótesis de la evolución y el transformismo ha tenido un defensor eficaz en el señor Jacolliot, que ha buscado su origen nada menos que en los Vedas. ¿Y qué dirá ahora este sabio, cuando haya visto que la tan decantada evolución es una quimera, ó una ilusión científica? ¿Cómo compaginará la ciencia evolutiva de los hindus y la formación gradual y lenta de los mundos, con los progresos que han demostrado tan gratuitas suposiciones?

¿Queréis daros razón cierta de la ninguna fe ni autoridad de algunos capítulos de los libros de los brahmanes, llamados Vedas? Escuchad lo que sobre ellos han dicho estos mismos sacerdotes de la India, y luego fijad vuestra opinión. «Los Vedas son anteriores á la creación, y fueron formados, como asegura el Sama-Veda, del alma de aquél que sólo existe por sí, y Brahma los reveló á los hombres...» Estas ligeras indicaciones serán más que suficientes para demostrar, cuan falsas y absurdas son muchas de estas concepciones que nos traen de tan lejanos países, refiriéndose á tiempos muy remotos, que con harta frecuencia se exageran para deprimir lo que enseñan las santas verdades reveladas. El libro del señor Jacolliot ha sido calificado por el ilustrado P. Gual, de *novelas absurdas*.

Empero, en el estado actual de los descubrimientos etnográficos el pueblo acadio, que la filología comparada ha dado á conocer nuevamente entre las venerandas ruinas de Nínive y Babilonia, siendo anterior según respetables asiriólogos y según tenemos indicado, á los aryas y á los semitas y perteneció á la raza turania, viene á destruir las fantásticas ilusiones de algún indianista visionario, que con el afán de deprimir á la Religión verdadera, no ha titubeado en consignar en su libro las extravagancias más inverosímiles y engañosas.

Si la representación de Dios, como creador omnipotente de todo cuanto existe, es, con efecto, una idea encarnada en el corazón del ser humano, que todos sin excepción de razas ni situaciones, aceptaron dentro de su razón,

claro está que en ella va hermanada la Religión, la cual sirve para dar á conocer las creencias que formaron los dogmas de aquellas primeras civilizaciones, y con ellos unir á Dios con las criaturas. De manera que desde el instante que los hombres sintieron en sí la existencia de un Sér supremo, omnipotente, creador y ordenador, providencia viviente increada, nació la *Religión*; que muy bien pudo ofrecer algunas ligeras diferencias en sus interpretaciones dogmáticas, aun cuando todas tendían á un mismo objeto y determinado fin. En vano se buscarán distinciones esenciales entre aquellas primeras creencias, porque el fundamento de todas ellas era dar á conocer de una manera ostensible, todo cuanto constituía su religiosidad, encargando á especiales personas la sagrada misión de manifestar á Dios los sentimientos de sus corazones. La Religión fué desde su principio el elemento civilizador que la Omnipotencia divina diera al linaje humano, que unida en lazo estrecho con el estudio é interpretación de los fenómenos naturales, vinieron á constituir los primeros destellos de aquellas vetustas teogonías.

Empero, Dios había elegido á Moisés entre los hijos de Israel para dar comienzo á la ley escrita. Le reveló sus mandamientos, leyes, preceptos, arcanos y juicios, para que instruyese á los hijos de Jacob, declarándole caudillo de aquel pueblo escogido, que debía sacar de la esclavitud. Toda vez que la ley natural había terminado, y con el Profeta hebreo comenzaba la *Ley escrita*, los cinco primeros libros que se designan con el nombre de *Pentateuco*, son probablemente los más antiguos que conoce la humanidad. Ellos sirven de base y fundamento á la Religión cristiana, que es la única verdadera, revelada por Dios y difundida por Jesucristo su Hijo unigénito.

Moisés al nacer debía ser asesinado, cumpliendo los mandatos de Faraón. La instalación de los hebreos en las llanuras de Gessen infundía serios temores, porque la familia de Jacob, poco numerosa en su principio, se había multiplicado extraordinariamente, y sus usos, costumbres y religión, sencillas y patriarcales, presentaban notable contraste con la opulencia y magnificencia que gozaban los egipcios y la grandiosa faustuosidad de la corte de los Faraones.

Bien comprendía el pueblo de Israel su posición precaria y azarosa, en medio de tanta corrupción y grandeza, y por ello, se apresuró á suplicar al Monarca el permiso para abandonar aquella comarca. Empero, si como político quería disminuir la preponderancia de los hebreos, ya diseminándolos por los pueblos, ya cargándolos de trabajos y exacciones, obligándoles á faenas groseras y hasta humillantes, veía que, económicamente considerado, representaban una masa de riqueza material y de fuerza disponible, cuyos productos para el Tesoro real equivalían á la quinta parte de todas las rentas del Estado.

Y entre los repetidos mandatos, por cierto todos contraproducentes, si bien denigrativos y afrentosos para aquel pueblo laborioso, se dió orden terminante de matar á todos los hijos varones que nacieran de mujeres hebreas. Y como no pudiese conseguir su bárbaro propósito, ordenó arrojar al Nilo á estos infantes recién nacidos. Tres meses burló la cuidadosa madre las pesquisas, y como ya no le fuese posible ocultarlo, colocó en una cesta de mimbre al niño pre-



Dios manda á Moisés sacar de Egipto á los hijos de Israel.

parada, dejándole á merced de la corriente, en la hora del baño de la Princesa. Dios salvó al tierno infante, consoló á la madre y tocó el corazón de la hija del Monarca, para que tomase bajo su amparo al niño destinado á cambiar la faz del Egipto, que reunía en su seno una civilización potente y esplendorosa. Moisés debía al fin rescatar á su pueblo de la esclavitud.

La revelación á Moisés es en la historia de los antiguos pueblos el acontecimiento más elevado, sublime y trascendental que conoce el humano linaje;

porque á la vez fundó un culto y una nacionalidad. Las sociedades tanto política como religiosa del pueblo hebreo se debe á la revelación hecha á Moisés por una inteligencia celeste, sin la cual el organismo de los pueblos era imposible. Los seres humanos que viven bajo la influencia del clima y de los productos locales, no constituyen más que hordas semisalvajes sin lazo alguno de sociabilidad.

En la Religión revelada, el sentimiento y la fe se encuentran separadas de toda filosofía racionalista, que muchas veces con sus sutilezas y cavilosas,



Confucio.

con sus hipótesis y suposiciones, ha pretendido absorberla dentro de los preceptos de la razón. ¿Ni cómo sería posible subordinar un sentimiento íntimo, una inspiración sobrenatural á la severa lógica del raciocinio? ¿Cómo sujetar á la apasionada discusión, á la crítica imparcial y justa, ni al concienzudo análisis, todo aquello que está contenido en la fe y creencia religiosa del hombre, que lo ha aceptado sin condiciones, que lo venera y acata fuera de toda restricción, porque es el resultado inmediato de aquella misma fe y creencia divinas, alimentadas sin cesar por la llama santa de Dios? El alma racional,

ha dicho el barón A. de Humboldt, por un sentimiento de sí misma, marcha hacia la Divinidad por el espectáculo de las fuerzas naturales, y por ciertos objetos del mundo externo.

La antigüedad, según los señores Niebuhr, Savigny y otros sabios, sólo puede apreciarse por sus reliquias y por las tradiciones. En vano buscaríamos una relación íntima, un lazo indisoluble, una unión fraternal entre las teogonías de la India, la Persia, la China ó el Egipto, y la falsa filosofía. La relación entre Dios y los seres y cuanto existe de contingente, se ofrece siempre en sentido personal, está concentrado al individuo y pasa de lo *único* á lo múltiple. No puede generalizarse, ni mucho menos buscar la armonía en el conjunto de reglas abstractas, enlazadas por un pensamiento que se eleva sobre el mundo de las ideas, y elaborado en la fantástica imaginación que las concibe. Por esto me atrevo á asegurar, que tanto Dupuis como Creuzes y otros hombres ilustres, que han comparado las antiguas teogonías con la astronomía y leyendas calendarias, sólo han probado la influencia del materialismo dominando las inteligencias más privilegiadas que brillaron con resplandor siniestro en la segunda mitad del pasado siglo.

La India con sus primitivos brahmanes, con sus castas que adoraban á Dios, y con el pueblo que, al fin y al cabo, concluyó por abrazar el fetiquismo, el cual representaba el politeísmo en su origen, se dividió en muchas sectas. La de Buddha predicaba una doctrina antagonista á la primitiva de Brahma; hizo muchos prosélitos y se extendió entre los chinos. Los persas y los medas aceptaron las concepciones de Zoroastro, que parece vivió en tiempo de Darío I, y degeneraron después en un despreciable materialismo. El mazdeísmo buscó sus dogmas en el Zend-Avesta (Zérdurt), ó, tal vez, ambos conocieron los libros del Historiador hebreo. Por más esfuerzos que hagan ciertos sabios contemporáneos, resucitando pasados argumentos, los libros mosaicos son, á nuestro juicio, el punto de partida para conocer la historia de la humanidad. Los fragmentos de un poema caldeo, escrito en caracteres cuneiformes sobre ladrillos de tierra cocida, descubiertos por el señor Jorge Smith, han venido á dar mayor fuerza á la tradición hebraica.

Sin duda alguna los fragmentos de este poema caldeo son contemporáneos al relato de Moisés, y sirven para patentizar más y más la relación del pueblo judío. Ante este descubrimiento, ¿cómo armonizar aquella antigüedad fabulosa que establece el sabio orientalista, señor Halled, para los Sastras y el Maha-Barada, cuya traducción ha influido poderosamente á desvirtuar este relato tradicional? La hipótesis de la evolución y el transformismo necesitaba tiempo, mucho tiempo, y este profesor se lo proporciona fundándose en el libro de los brahmanes (?) que se escribió, según dice, hace más de cuatro mil años y en el cual se

remonta la historia de la humanidad á muchos miles de siglos. ¿Para qué se necesitan ya estas sumas fabulosas de millones de años, si hoy la ciencia experimental ha demostrado que la *especie* es fija é indestructible y la evolución y el transformismo un mito?

Oigamos lo que nos dice el señor M. N. Bouillet en su importante *Diccionario universal de Historia y Geografía*, edición de 1864, en su artículo sobre los

«*Vedas*, libros sagrados de los hindus, escritos en lengua sanscrita, en número de cuatro. El primero el *Reg*, que contiene las oraciones y los himnos, escrito en verso; el segundo el *Yadjour*, donde están las oraciones en prosa; el tercero el *Sama*, cuyas oraciones son para el canto, y el cuarto el *Atharvan*, compuesto sobre todo de fórmulas de consagración, expiación é imprecación. (Algunos sólo ven en esta cuarta parte un suplemento muy posterior á las tres primeras). Sobre los Vedas se han hecho muchos comentarios, los *Puranas* y los *Sutras* gozan de autoridad casi sagrada; se ha sacado también de los Vedas un sistema de filosofía ortodoxa, la filosofía Vedanta. Tanto la edad como la doctrina de los Vedas, es muy distinta. Pasan (los tres primeros sobretudo) por haber sido inspirados por Brahma; las leyendas indias atribuyen su publicación á Vyasa, que los recogió y compiló hacia el siglo xv, a. de J. C. En el siglo xvii, de nuestra era, se hizo una traducción persa, por orden de un hermano de Aurengzeib, que luégo se vertió al latín. Anquetil de Perron ha publicado el texto persa con el título de *Oupuekhat*. Hemos tenido durante mucho tiempo en lengua europea algunos extractos de los Vedas: una edición completa de estos libros, traducción alemana, se publicó en Berlín por Rosen y Max. Müller, 1841 y siguiente. El *Reg-Veda* fué traducido al francés, por Langlois, 1848 á 51, y en inglés, por Wilson, 1850. Somos deudores al señor Barthelemy Saint-Hilaire de una erudita disertación, intitulada: *De los Vedas*, 1854.»

Después de este sencillo relato, no creemos que los Vedas merezcan la prioridad que se les ha atribuido por ciertos entusiastas indianistas.

La impiedad y el ateísmo han sido en todas las épocas y en todos los tiempos un germen disolvente, que la fe religiosa sostenida por la ciencia, ha procurado disipar. Si en aquellos remotos pueblos la religión por su falso origen, no era suficiente para demostrar la verdad absoluta, si las castas tenían aprisionados á los hombres, y entre ellos abrigaban odios concentrados de destrucción y muerte, por fortuna el sentimiento cristiano nos enseñó, hace muy cerca de diez y nueve siglos, la *verdad única y absoluta*, dió á conocer la idea innata, la primera palabra que el hombre invoca, el consuelo en sus adversidades y el áncora salvadora en ese mar proceloso en que se agita por un espacio de tiempo limitado... ¡Dios! es la unidad eterna, representación de lo

grande, de lo infinito, de lo bueno, de lo justo; es la reprobación del mal, la guía de la virtud y el principio de la sabiduría. Sin este principio de la fe divina, sin esta creencia que proclama el Cristianismo, el hombre pierde su dignidad, y abandona la mayor de las prerogativas que le concediera el Autor de todo lo creado. La fe cristiana es la virtud divina, á la cual no se opone la verdad de la razón; como nacida de la verdad infalible, se eleva á grandes concepciones, y, como dice la Escritura en su sublime metáfora, puede *trasladar los montes de un punto á otro, como si fueran un grano de mostaza*.

Conocer en lo íntimo de nuestra conciencia y persuadirse en el fondo de nuestra alma racional, que la existencia de Dios es una verdad incontrovertible y fundamental, constituye, en sentir de los sabios y profundos teólogos católicos, uno de los preámbulos de la Fe. El mayor atributo de Dios es la incomprendibilidad; aquí está su grandeza, su pureza, su eficiencia y su eternidad. Dios como esencia sublime, infinita, maravillosa é inmensa no puede definirse. Él se llamó á sí propio **EL QUE ES**, según la versión de los Setenta.

Empero, dirigiendo ahora nuestra atención á la filosofía, vemos que todo sistema filosófico trata de representar en el orden intelectual á la ciencia en su parte más delicada y sublime, sujeto á reglas y principios que la reflexión y el examen van perfeccionando por medio del estudio y del buen sentido. La filosofía, en verdad, es el amor á la sabiduría. La certeza tan natural en el hombre, precede siempre en la historia á todos los sistemas filosóficos, y es independiente de las opiniones que sustentan las distintas escuelas y sectas. Por esta razón, no debemos confundir las doctrinas religiosas que el hombre, elevándose á las inspiraciones divinas, puras y espirituales, acepta en su conciencia, con un sistema de poesía, ó una teoría ó hipótesis abstracta, ni mucho menos con ninguna de las cuestiones fundamentales que agitan y han conmovido á la humanidad en el campo de la filosofía. Las límpidas emanaciones de la fe religiosa y de la Divina Revelación, son las fuentes sagradas que nos dan á conocer la primera edad del linaje humano y su progresivo desarrollo.

En los sistemas filosóficos se presupone un fondo de conocimientos adquiridos por la meditación y el estudio, los cuales representan cierto desarrollo intelectual completamente distinto de la inspiración y de la luminosa revelación. La infancia de los primitivos pueblos ofrece irrecusables pruebas que así lo testifican, y la razón viene en apoyo de esta verdad incontestable. Dígase lo que se quiera, la historia antigua, en los primeros desarrollos del reino hominal, será siempre un enigma y presentará oscuros horizontes, sobre todo, á aquellos sabios superficiales que desdeñan la tradición hebraica. En sus especulaciones se engolfarán en lamentables extravíos, que lejos de aclarar y resolver las dudas, despertarán gran entusiasmo entre los espíritus ligeros, el

indiferentismo en los más ilustrados y el desdén en aquellos que, por un estudio reflexivo, han sabido cimentar sus creencias y convicciones religiosas sobre sólidos fundamentos.

«Si estamos firmemente convencidos, ha dicho el Eminentísimo señor Cardenal Wiseman, de que Dios es el autor de nuestra Religión y de toda la naturaleza, debemos tener la íntima persuasión de que, comparando sus obras en estos dos órdenes de cosas, deben ser necesariamente uniformes los resultados.» La ciencia y la Religión, decía el señor Thonissen, en virtud de sus afinidades, vendrán algún día á juntarse con lazo indisoluble.

La Religión cristiana, como única verdadera, tiene sus misterios que la divinizan. Quitadle estos sublimes misterios y tendréis un sistema filosófico más ó menos armonioso ó acabado; pero sujeto á las variables opiniones de los hombres. La Religión cristiana no está bajo la dependencia de ningún razonamiento, sino que sus dogmas han de creerse como artículos de fe que no deben discutirse. Se nos dirá que la fe religiosa es tan confiada, como sencilla; que supone ha de ser creída por su propia verdad y por la legitimidad de sus testimonios, y que no disputa sino cuando se la quiere arrojar de sus propios términos. No, no; la razón no alcanza á descifrar los arcanos misteriosos de la fe cristiana, que escapan siempre de la sutileza y perspicacia de los sabios; la razón se extravía y muchas veces se precipita en el abismo del error; sólo la fe divina la ilustra y la salva. La fe eleva al hombre á lo sublime, al heroísmo, á la santidad. Ella da tranquilidad á nuestra conciencia, paz al corazón y certeza y satisfacción á el alma racional. La fe cristiana emana directamente de Dios. La virtud y el temor á Dios, que provienen de la fe, no reconocen origen, raza ni jerarquía.

La Religión revelada por su esencia divina, permanece incólume en medio de los ataques de la filosofía materialista y positivista; sigue pura é inmaculada y no envejece ni muere por los adelantos y descubrimientos de las ciencias exactas, físicas y naturales. Por el contrario, cada uno de estos descubrimientos es un nuevo don del Altísimo, que nos enseña el íntimo consorcio que existe entre ambas.

El Asia fué, pues, el origen de las instituciones humanas. El Oriente envuelto en tupido velo, ha transmitido entre la confusión y la duda los primeros rudimentos de la civilización. Todo cuanto pertenece á los primitivos tiempos históricos ha venido del Oriente. Allí han encontrado los sabios la cuna del linaje humano. La venerable y santa tradición, la astronomía, la filosofía y hasta la geología, son orientales. La literatura de los primeros siglos de la humanidad postdiluviana, será siempre un caos, si se busca antes de las olimpiadas. La raza turania reconoce á los acadios por ascendientes, y de ellos provienen

los semitas y asirios, pobladores del Asia, donde introdujeron su idioma y su civilización. En las llanuras de Sanaar ostentaron su poderío, que se vió avasallado por Nemrod, hijo de Chus y nieto de Cam. Estas razas primitivas se repartieron la Tierra al comenzar los tiempos históricos. Así en la India como en la Persia y la Media, en la Fenicia como en la Caldea, en la China y en el Egipto, sus teogonías y cosmogonías, despojadas de todo principio filosófico y de toda escuela racional y positiva, establecen sus creencias sobre la tradición histórica, que debemos buscar en los libros sagrados. «La historia, dijo Cicerón, es el testigo de los tiempos, la lumbrera de la verdad y el oráculo de la antigüedad: la historia es el gran libro de la vida.» «En la civilización oriental la divinidad se materializa, y la materia recibe su apoteosis. El alma se halla en reposo, las instituciones en perfecto quietismo y el éxtasis se le considera como el estado natural del espíritu: Dios es todo, el hombre nada.» (Donoso Cortés).

Empero, cuando nuestro estudio se fija en el pueblo hebreo, descubrimos la unidad de sentimiento representada en sus venerandos códices, que son el depósito sagrado de las promesas de Dios y de las tradiciones humanas. Depósito fiel de las verdades divinas, reveladas á sus padres, que atraviesa la inmensidad de los siglos y generaciones, sosteniendo su tradición santa, sus libros sagrados y sus creencias imperecederas. Pueblo que vencedor ó vencido, dominador ó esclavo, en el apogeo de sus glorias ó en la humillación de sus adversidades, jamás se contradice y nunca abandona aquel sagrado tesoro que conserva aún á costa de su sangre.

La doctrina de los israelitas dictada por Dios á Moisés, es el fundamento de toda verdad histórica, y sus anales son los verdaderamente ciertos y seguros. No hay lagunas en esta historia, respetada y consultada hasta por sus mismos enemigos y detractores. En sus preceptos no se observa regla alguna, están fuera de las leyes de la filosofía, nada hay en ellos que señale ni indique el método y el rigorismo científico; sino que se consignan como verdades axiomáticas, que no tienen trabazón ni enlace. El pueblo hebreo supo conservar su pasado para ilustrar el porvenir, sus libros han servido á la humanidad de refulgente faro, y de guía al historiador para conocer el origen del mundo que habitamos y el primer desenvolvimiento de la vida orgánica y del reino hominal. Las imposturas de Manethon en aquellas remotas épocas, y las ilusiones fantásticas de Le Sueur, Mariette y otros eruditos de los tiempos modernos, han servido, no obstante, para aclarar los horizontes de un pueblo, cuya civilización alcanzó gran desarrollo. La cosmogonía de Moisés es el eco fiel de los progresos de la ciencia. ¡Dichoso aquel á quien el Omnipotente ha concedido el don de la sabiduría para interpretar las tradiciones bíblicas, consignadas en los santos libros de Moisés!

La primera civilización al pasar de la India á la Persia, rompió la unidad de Dios y entonces nacieron dos principios antagonistas, que en porfiada lucha vienen agitando al mundo y ponen en desacuerdo todas las inteligencias. El fenicio Sanchoniathon, contemporáneo de Moisés, escribió la historia antes de la guerra de Troya y era descendiente de la raza de Cam. Los Vedas ó himnos sagrados de los indios que, según ellos, son los más antiguos que se conocen, datan á lo sumo de 2,500 años antes de Jesucristo; sus tendencias conducen al panteísmo. Los medas, y aun los persas, pretenden que sus escritos tengan carácter especulativo, porque á la vez dan á conocer su religión y su cosmogonía, bajo el punto de vista filosófico. El Zend-Avesta, cuya mayor parte se atribuye á Zoroastro, fundador del mazdeísmo, sin duda se inspiró en el Génesis. Esta misma opinión sostiene el Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo de Sevilla, P. Zeferino Gonzalez, en su *Historia de la Filosofía*. Entre los chinos, cuyas creencias y costumbres ofrecen tantas analogías y puntos de contacto, Fou-chi ó Fo-Hi, fué uno de sus primeros sabios y quizá el fundador del Celeste Imperio, y Confucio, uno de los propagadores de la ciencia oriental, donde los doctos y los filósofos han saboreado las primicias de los humanos conocimientos.

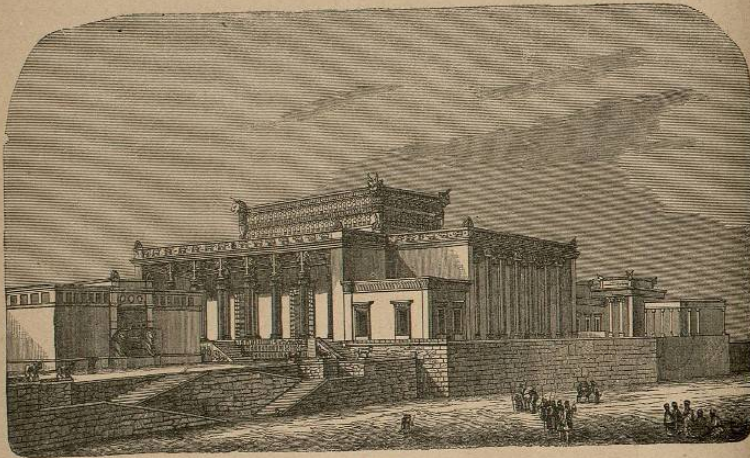
Los galos y los germanos habían reunido sus observaciones astronómicas, y tenían su religión y su cosmogonía. Empero, en las investigaciones etnográficas y lingüísticas hechas en Siria, se han descubierto reyes desconocidos, estudios astronómicos y preceptos de sus teogonías de anteriores épocas y que yacían del todo olvidados.

La sencillez en las costumbres y la frugalidad de aquellos hombres, se pierde con sus patriarcas y sus reyes; la soberbia anubla aquellas inteligencias, y el engreimiento y la vanidad suplen á la aplicación y al trabajo. El orgullo se refleja en la maravillosa Babilonia, la deslumbradora Persépolis y la brillante Nínive, que presentan al hombre estudioso, grandes y esplendorosos monumentos, donde la ostentación, la riqueza y la opulencia alcanzaron á lo fabuloso.

El Egipto patria de los jeroglíficos y cuna de los misterios, grave y floreciente durante el mando de Sesostris, contaba algunos siglos de existencia con sus reyes, su religión y sus artes; el monarca pudo elevarse majestuoso á su mayor apogeo, sostenido con sus leyes y virtudes. Un sentimiento de rivalidad fermenta en su pecho, las pasiones se desbordan, la sabiduría y la templanza se oscurecen, y todos con loco frenesí se aprestan al combate. El gran Sesostris extiende sus dominios por Asia y por las márgenes del Ganges; empero, la Persia de Ciro y Cambises se levanta imponente y avasalladora sobre sus rivales, y pretende llevar su civilización por todo el mundo conocido.

El Oriente se desencadena por la haz de la tierra, y se constituye en civilizador universal.

¡Ah! Los pueblos tienen también sus épocas de progreso y decadencia. Aquel Oriente tan pujante, se ha convertido en el país de las ruínas y de los sepuleros. Los emblemas misteriosos, los complicados jeroglíficos sólo nos recuerdan la historia de pueblos y naciones que ya no existen. ¿Qué se hizo de Babilonia y de Ninive? ¿Dónde están los dorados palacios de Persépolis? ¿Son éstas, por ventura, las ruínas desconsoladoras de aquella opulenta Pal-



Ninive.

mira? ¿Qué esqueletos, qué restos, qué cenizas, qué vestigios, aquí y allá abandonados, nos recuerdan que existió Menfis, Tanis, Tebas, Zoan ó Pelusio?... Aquella deslumbradora opulencia de los caldeos y los hyksos, quedó, al fin, aniquilada y destruída; los mandatos de Dios, anunciados por el profeta Isaías, se vieron cumplidos; los palacios, los templos, los jardines, los acueductos..., todas las maravillas de la inteligencia, del arte, del genio y de la inspiración de los asirios y egipcios, vinieron á servir de guarida á las fieras y de nido á inmundos animales y repugnantes reptiles; hoy son la admiración de los viajeros. ¿Dónde está, pues, ese progreso indefinido?

La Grecia abandonó la vida azarosa é incierta, para constituirse indepen-

diente, conservando su individual autonomía. Los helenos, raza tal vez arya ó pelásgica, ocuparon la Tesalia, y sus descendientes se propagaron por la parte occidental, personificando las cuatro razas principales que se distinguieron por sus especiales dialectos. El origen de los griegos, á pesar de ser muy moderno, está lleno de nebulosidades, comparado con el del Egipto, la India y la China.

Tribus salidas del Egipto invadieron el país helénico, modificaron las cos-



Templo de Ramsés.

tumbres é introdujeron nuevas artes, nuevas fiestas y leyes también nuevas. La agricultura, las ciencias y hasta las inspiraciones religiosas tomaron carta de naturaleza, y comenzó una civilización que representa en la historia la evolución político-social y la cuna de la civilización europea.

El valor y pericia de los griegos en el arte de la guerra, fué superior al de los persas, su actividad aventajó á los fenicios y sus inspiraciones á los hijos del Indostán. Y si en los monumentos griegos no admiramos las gigantescas

moles y las pesadas columnas de la India ó el Egipto, en cambio se ve desarrollado con toda su gracia y esbeltez el sentimiento estético. La civilización griega había dado un paso avanzado sobre la que ostentaban los pueblos más antiguos. Ella nos enseña que la inteligencia es una actividad del hombre, que le conduce á buscar lo bello de la forma, tanto en las ciencias como en las artes liberales.

Los Senados aristocráticos ó anfictionias, se reunían en el templo de Delfos ó en las Termópilas, y adquirieron un poder omnimodo; la sabiduría se condensó en el templo de Esculapio, se consolidó la nacionalidad conservando cada raza su independencia, y la expedición de los argonautas, el sitio de Tebas, las luchas fratricidas de que fueron teatro los palacios de Argos y Micenas, hasta la famosa guerra de Troya, fueron cantados por una pléyade de poetas ilustres anteriores á Hesiodo y Homero.

¡Homero! ¡Gloria tradicional que supo cantar la edad épica de la Grecia! La *Iliada* y la *Odisea*, son la síntesis de la fe y del pensamiento. Guerrera y batalladora la primera, el entusiasmo y el interés se hallan sostenidos por la sencillez del asunto. Moral y reflexiva la segunda, predomina en ella la prudencia y la astucia; pero ambos poemas deben considerarse como depósitos sagrados de los fastos nacionales. La historia de Grecia nos presenta en la primera época, ó sea en su infancia, el sentimiento poético en todo su desarrollo é intensidad; y estos poemas han servido de fuente de ilustración á muchos de nuestros escritores contemporáneos. ¿Admitiremos nosotros, como muchos sabios alemanes, que las obras de Homero, y la *Iliada* en particular, son un eco débil del Ramayana de los hindus? Parece que las concepciones del poeta griego, dicen, son una serie de rapsodias conservadas por la tradición y arregladas en tiempo de Pericles.

La inspiración religiosa sobresale en las concepciones del genio griego, bajo la salvaguardia de las tradiciones mitológicas. Hesiodo, en su *Teogonia*, cantó que el caos y el amor son los principios de toda existencia bien ordenada; es decir, el origen de la doctrina que separa la materia creada del *ente* creador. El mismo Homero llamó después al Oceano y á Tetis, padres de los dioses y de los hombres. Esto nos recuerda su origen jónico, así como aquél nos dice que su cuna se meció entre los dóricos. Atenas y Esparta, siempre rivales y enemigas irreconciliables. Los atenienses creían que habían nacido de la tierra. Creencia muy generalizada en aquellas antiguas sociedades, que las condujo á celebrar su autochthomia.

La mitología griega tuvo su origen en Asia; pero el genio asimilador de los griegos cambió bien pronto su forma, dando á conocer sus facultades inteligentes y sus rápidos progresos en todas las artes. Por esta razón, el crítico

encuentra una diferencia marcada entre las formas grotescas de la India y la elevación estética de Grecia. En el Oriente, el culto de la divinidad se presentaba con símbolos extravagantes, sacados los más del reino animal; y estas monstruosidades, al abandonar su propio país, vinieron á encarnarse en la majestad de la figura humana y en el espíritu plástico de la poesía griega. Sin embargo, en la primera época se observa todavía la rudeza egipcia, y Dionisio de Argos fué reemplazado por Phidias, que introdujo en el arte, sentimiento y majestad; en la época tercera, representada por Leucipo y Praxiteles, se nota aquella belleza y esbeltez que tanto admiramos en el día.

El politeísmo griego, verdadero antropopatismo, no podía satisfacer al sentimiento y á la razón, y cada vez se alejaba más y más de la inspiración religiosa; este indiferentismo engendraba la duda y se divorciaba de la moral. El culto secreto, consagrado á la meditación y al estudio reflexivo, ejercía en las conciencias una influencia fascinadora y tenía un poder ilimitado sobre el destino y la vida individual de todos los hombres; de suerte, que mientras el culto público impulsaba el arte, le acariciaba en todas sus concepciones y se entrañaba en él, el culto secreto se concentraba en el estudio, que bien pudo llamarse *filosófico*, aun cuando no tuviese este nombre. De aquí tomaron nacimiento las instituciones religiosas reservadas y secretas, que fueron la fuente primera de aquellos rudimentos que más tarde sirvieron de cimiento á la filosofía. De manera, que si las teocracias y las castas habían dominado en el Oriente, entre los griegos perdieron una buena parte de su influencia y prestigio sacerdotal, conservando solamente una organización que recordaba las de la India, la Persia ó el Egipto.

Los históricos adquirieron un misticismo perjudicial y repugnante, que bien pronto se halló en abierta oposición con las nuevas formas religiosas; y los misterios de Samotrace y Eleusis, últimos restos del culto pelágico, degeneraron en ocultas orgías y secretas bacanales. Es que aquella religión, basada en falsas creencias y principios contingentes, envejeció rápidamente para morir entre las ficciones de sus falsos dioses y los extravíos de sus oráculos y sacerdotes. Falta de unidad, siendo el sacerdocio una dignidad electiva, carecía de los vínculos que concentran la acción, y sólo las fiestas y los juegos públicos constituían un centro social, bajo distintos y variados nombres. La antigüedad pagana tampoco había vislumbrado el sublime pensamiento de la unidad peculiar al linaje humano, y sólo la ley de la fuerza era la que aproximaba y unía á los hombres. Todas aquellas razas fueron crueles y sanguinarias, y los sacrificios humanos servían para aplacar la cólera de los dioses del Olimpo.

La Grecia alcanzaba su virilidad. La era de los legisladores preponderaba con todo su poderío, y ejercía su imperio de un modo absoluto. Tradiciones